



EL ADVENTISTA ORIGINAL PIONERO

14 de Junio de 2026

El Papa TRIUNFA en España

(p.3)

Las Madres y

sus Hijas-

E. G. White (p. 9)

**Jesús vestido
como serpiente-**

J. García (p.12)

Felipe y el Etíope

- Migdalia C

(p.19)



«Que esta noble nación jamás pierda la memoria de sus raíces ni la audacia de mirar al futuro. Que España continúe siendo tierra de encuentro, de cultura, de solidaridad y de fe.» press.vatican



¿Y si la profecía que tu abuela citaba en la iglesia se cumple ante tus ojos mientras tú scrolleas indiferente?

El Papa acaba de triunfar en España.

No es exageración: lo dicen sus propias palabras ante el Congreso y lo confirma la historia que muchos adventistas ya no quieren mirar de frente. Roma vuelve a reclamar lo que considera suyo. ¿Sigues pensando que esto no te afecta en absoluto?

Mientras el mundo aplaude el regreso del poder papal, Elena G. White advierte también acerca de cómo debemos educar nuestros hijos, en especial cómo la madre debe educar a sus hijas en ayudar en el hogar y compartir sus cargas con ellas. Esto también es parte de la preparación para el tiempo del fin y del mensaje del tercer ángel.

John García se atreve a decir lo que pocos predicán: **Jesús vino vestido como serpiente.** No es blasfemia, es Romanos 8:3. ¿Te escandaliza la frase o te incomoda lo que realmente significa sobre la naturaleza de Cristo?

Y en medio de tanta controversia, Migdalia C. nos recuerda algo que olvidamos: **Felipe no dudó en acercarse al etíope**, al extraño que muchos hubieran ignorado sin pensarlo dos veces. ¿Cuántos "etíopes" pasan hoy junto a ti mientras debates teología en redes sin mover un pie hacia ellos?

Esta edición no busca consuelo fácil. Busca despertarte.

¿Te atreves a leerla con los ojos abiertos, o prefieres seguir durmiendo mientras Roma triunfa?

Coméntanos: ¿cuál de estos temas te genera más debate en tu congregación?

Suyos en Cristo, los Editores

EDITORA:

www.antorchaprofetica.site

DIRECTOR:

John García.
johngarcia144000@gmail.com
+34.650.86.38.11

YOUTUBE:

[https://www.youtube.com/
@antorchaprofetica](https://www.youtube.com/@antorchaprofetica)

INSTAGRAM:

[https://www.instagram.com/
antorchaprofetica/](https://www.instagram.com/antorchaprofetica/)

FACEBOOK:

[https://www.facebook.com/
LaAntorchaProfetica](https://www.facebook.com/LaAntorchaProfetica)

EL PAPA TRIUNFA EN ESPAÑA

En el 2026

Por: John García

El papado triunfa en España

El tema que nos ocupa en esta ocasión es de actualidad y de profecía. Todo el material que se citará y analizará a continuación se encuentra publicado en la página web antorchaprofetica.site, donde el lector puede consultar referencias y citas en detalle.

La visita del Papa a España

Como es de conocimiento general, el Papa acaba de concluir su visita a España, recorriendo principalmente Madrid, Barcelona, Canarias y Tenerife. Sin embargo, lo que merece especial atención es lo que declaró ante el Congreso el día 8 de junio. Sus palabras fueron las siguientes:

«España posee una memoria particularmente rica. Su identidad geográfica y política se ha ido entretejiendo con una historia en la que la fe y la razón, el arte y el derecho, la tradición y el pensamiento han sabido encontrarse fecundamente en sus catedrales y universidades, en su literatura inmortal, en sus instituciones jurídicas y en el ánimo mismo de su pueblo; permanece viva una herencia que ha dado forma a un modo de vivir la

libertad, practicar la justicia y ordenar la vida común.»

Y al final del discurso añadió que «esta noble nación jamás pierda la memoria de sus raíces ni la audacia de mirar el futuro».

A primera oída, estas palabras pueden sonar bien; sin embargo, cuando se analizan en detalle y se atiende a su referente histórico real, el contenido resulta revelador. Es preciso preguntarse: ¿a qué raíces se refiere el Papa cuando exhorta a España a no olvidarlas?

Las raíces históricas de España

Según el consenso historiográfico, España nace como nación en el año 589, con motivo del Tercer Concilio de Toledo. En ese concilio católico, los grandes del reino repudiaron el arrianismo, el rey de España hizo profesión de fe católica y anatemizó a Arrio y su doctrina, y se estableció la unidad espiritual y territorial del reino visigodo. La historiografía española considera este acontecimiento el inicio de la unidad católica de España y el nacimiento de la nación española: la unión de las coronas de Castilla y Aragón bajo la ideología católica. Esta es la

conclusión de los historiadores, no una interpretación propia.

El concilio unificó religiosa y políticamente a los visigodos y a los hispanorromanos, creó la identidad cristiana católica española y puso fin al conflicto entre las dos comunidades religiosas que convivían en España: los arrianos y los católicos. Esa es, en consecuencia, la raíz española a la que el Papa hace referencia. El papado y los poderes políticos suelen expresarse en clave diplomática, sin decir las cosas de forma directa; y es precisamente a esa raíz a la que León XIV alude cuando habla ante el Congreso.

La raíz española en la profecía de Daniel 7

Esta raíz histórica se encuentra profetizada en Daniel capítulo 7, donde cuatro bestias representan cuatro imperios: Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma. Respecto a la cuarta bestia, el versículo 23 declara: «La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, más grande que todos los otros reinos; a toda la tierra devorará, hollará y despedazará». Esta cuarta bestia es Roma pagana.

El versículo 24 señala que los diez cuernos de ese reino significan que de él se levantarán diez reyes, es decir, que Roma se dividiría en diez reinos, uno de los cuales es España. Así, la profecía del surgimiento de España —la raíz española de la que habla el Papa— está contemplada en Daniel 7:24.

Pero el mismo versículo anuncia que después de esos diez reyes se levantaría otro que sería mayor y que derribaría a tres reyes. Ese otro rey es el cuerno pequeño, que representa al papado. Para que el papado pudiera gobernar era condición necesaria que el arrianismo fuese erradicado; los tres cuernos arrianos eliminados son los hérulos, los vándalos y los ostrogodos. Los visigodos, que gobernaban España, pertenecían a la misma familia que los ostrogodos y eran igualmente arrianos; por eso debieron convertirse para no ser destruidos. Cuando en el Concilio de Toledo el rey visigodo abrazó el catolicismo, pudo conservar su reino. La profecía de Daniel 7, por tanto, se cumplió en la historia, y a ese cumplimiento hace referencia León XIV en el Congreso español. España, hija predilecta de la Iglesia Católica

La propia Iglesia Católica

considera a los diez reinos sus hijos. Francia es tenida por la hija primogénita, por haber sido la primera en colocarse a favor del papado en el año 508 con Clodoveo, rey de los francos. Sin embargo, el título de hija predilecta o favorita corresponde a España, en razón de todo lo que hizo en su servicio.

En primer lugar, España expulsó a los arrianos y se puso del lado del catolicismo. Posteriormente, los musulmanes ocuparon la

península ibérica desde el año 711 hasta 1492. En 1478 se estableció la Inquisición Española, la más encarnizada de cuantas Inquisiciones hubo en los distintos países. Y en 1492, el mismo año en que se descubrió América, los españoles consagraron todas sus colonias hispanas al catolicismo y expulsaron a los musulmanes de la península ibérica.

La entrega de América al papado se relaciona con Apocalipsis 13:7, que, hablando de la bestia —el mismo cuerno pequeño—, dice: «Le fue dado hacer guerra contra los santos y vencerlos; también le fue dada potestad sobre toda tribu». Esta potestad sobre toda tribu hace referencia a las tribus de América que se convirtieron en colonias entregadas bajo el dominio de la bestia. En 1565, una tribu más fue puesta bajo el poder del papado cuando los españoles dominaron Filipinas y comenzaron a extender su influencia por Asia, llegando incluso a controlar brevemente parte de China. De hecho, se atribuye a Carlos I de España la expresión de que en su imperio no se ponía el sol, pues desde América hasta Asia todo era dominio español. En ese sentido, España significaba catolicismo, ya que, según la profecía, no era más que una hija del papado.

En 1540 se fundó la Compañía de Jesús por Ignacio de Loyola, oriundo de España. Y en 1556, todo ese poderío imperial fue enfocado contra los protestantes: Casiodoro

de Reina, Cipriano de Valera y muchos otros fueron perseguidos y expulsados de España. Esa es la raíz y el tallo de España a los que León XIV hace referencia en su discurso ante el Congreso.

La herida y sus consecuencias en España

La profecía también anunciaba que este dominio no sería eterno. Apocalipsis 13:3 declara que una de las cabezas de la bestia sería herida de muerte. Esta herida se cumplió cuando el general napoleónico Berthier se llevó preso al Papa. Y los ecos de esa herida alcanzaron a España: Napoleón envió a su sobrino José Bonaparte para ocupar el trono español —conocido históricamente como el rey intruso—, lo cual ocurrió en 1808, y en 1814 se prohibió la Inquisición.

Las consecuencias de esa herida se extendieron hasta América: el vacío de poder provocado por la ausencia del rey Fernando VII impulsó la independencia de las colonias americanas, que comenzaron a constituirse como naciones con constituciones de corte liberal. En 1898, y en el mismo espíritu de esa decadencia, España perdió Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Así como el imperio turco otomano fue perdiendo poder progresivamente —lo que la profecía representa con el secamiento del Éufrates—, el Imperio español fue igualmente perdiendo poder, y con él la Iglesia Católica, de la que no era sino un instrumento. Desde entonces, y

especialmente desde el siglo XX, España ha estado oscilando entre liberales, socialistas y sectores procatólicos, dinámica que llega hasta el presente.

Los enemigos del papado y Apocalipsis 13:11

Antes de abordar el momento presente, es necesario identificar los enemigos del papado según las Escrituras. Apocalipsis 13:11 dice: «Vi otra bestia que subía de la tierra y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón». Esta segunda bestia representa a los Estados Unidos, cuyos dos cuernos simbolizan sus dos principios fundacionales: el republicanismo —una nación sin rey— y el protestantismo —una iglesia sin papa—, es decir, la libertad civil y la libertad religiosa.

El libro *El conflicto de los siglos* recuerda que la Constitución de los Estados Unidos garantiza la libertad de conciencia, calificándola de algo precioso y de importancia fundamental. En contraste, el Papa Pío IX, en su encíclica del 15 de agosto de 1854, declaró que las doctrinas en favor de la libertad de conciencia constituyen uno de los errores más pestilentes, una de las plagas que más debe temerse en un Estado. En la encíclica del 8 de diciembre de 1864, el mismo pontífice anatemizó a quienes sostienen la libertad de conciencia y de culto, así como a quienes afirman que la iglesia no puede emplear la fuerza.

Así queda claro a qué se opone el papado: al liberalismo, a la libertad civil y a la libertad religiosa. El Papa no quiere el liberalismo ni en los Estados Unidos ni en España. Por eso, cuando convoca a España a recordar sus raíces, está pronunciando en realidad lo que enuncia Apocalipsis 13:3 en su segunda parte: la herida de muerte de la bestia fue sanada. El llamado del Papa a España equivale a decir: «España, necesitas sanar mi herida; necesitas devolverme el poder que tuve contigo en el año 589 y todo el que ejerciste en mi nombre desde 1492 en adelante».

Los aliados del papado en la España actual

El papado aplica con claridad el principio diplomático de que «el enemigo de mi enemigo es mi amigo». Sus aliados naturales son, por tanto, quienes se oponen al liberalismo, al protestantismo y a las libertades civil y religiosa. Lo que ocurrió en España al día siguiente del discurso papal ante el Congreso —el 9 de junio— ilustra esta realidad de forma contundente.

Ese día se presentó en el Congreso una proposición no de ley de modificación de la Ley 1 del 2004 de horarios comerciales, con el fin de garantizar el derecho al descanso dominical y al disfrute de la vida familiar. Entre los cambios propuestos se incluían un máximo de ocho aperturas de comercios en domingos y festivos a nivel nacional, así como una limitación del

incremento de apertura al 50% en las zonas turísticas de alta afluencia. La motivación declarada es reforzar el derecho al descanso dominical y al tiempo en familia.

La propuesta fue presentada por el Grupo Parlamentario Plurinacional Sumar, cuya principal dirigente es Yolanda Díaz. Esta líder política se reunió con el Papa Francisco en 2021 para hablar sobre el trabajo decente y el cambio climático, y volvió a reunirse con él en 2024, ocasión en la que ambos conversaron sobre la necesidad del tiempo de vida, del tiempo de trabajo y del tiempo de descanso, según declaró ella misma. En 2026, con el nuevo Papa, este partido presentó al día siguiente de su discurso la propuesta de ley del descanso dominical.

Podría parecer a simple vista una medida en beneficio del trabajador. Sin embargo, la Biblia es clara al advertir que Satanás se disfraza de ángel de luz y sus ministros se disfrazan de ministros de justicia. Jamás se presenta como enemigo; siempre aparece de forma agradable, como alguien que está a favor del prójimo, cuando en realidad es el engaño.

Esta no es la única señal reciente. También se ha presentado una propuesta de ley en Madrid para prohibir que los evangélicos prediquen en el metro. La propuesta proviene de Más Madrid, agrupación que forma parte del mismo conglomerado del Grupo Plurinacional Sumar. El diputado

proponente, Emilio Delgado, afirmó que los evangélicos «arengan» a la gente en los vagones, los calificó de secta y de timadores, los vinculó con el movimiento MAGA y con Donald Trump, y sostuvo que son una fuerza religiosa especialmente agresiva que provoca un deterioro de la convivencia en el transporte público. En otros términos, estos actores políticos están encarnando el mismo espíritu que el papado medieval y la España católica de la Edad Media. Y lo que estamos presenciando ya no son simples actitudes individuales, sino propuestas de ley que la profecía bíblica anuncia.

El orden profético: primero Europa, luego la ley dominical en Estados Unidos

En este punto es necesario subrayar un aspecto del orden profético frecuentemente pasado por alto. Apocalipsis 13 señala que quien implanta la ley dominical en los Estados Unidos es la imagen de la bestia. El versículo 15 indica que a la imagen de la bestia se le da espíritu y que ella habla y hace que se imponga una marca; esa marca es la ley dominical. Pero el versículo 14 precisa que los moradores de la tierra —quienes están en los Estados Unidos— son inducidos a hacer una imagen de la bestia que tenía la herida y vivió.

El orden que describe la profecía es, por tanto, el siguiente: primero la bestia es sanada en Europa, y

después viene la ley dominical en los Estados Unidos. Lo que ocurrirá es que antes de esa ley dominical en América, España volverá a convertirse en la hija predilecta del papado, Francia y las demás naciones europeas volverán a colocarse bajo el poder pontificio, la herida del papado sanará en Europa, Europa recuperará sus raíces cristianas católicas y comenzará la persecución en el continente europeo antes de que esta se inicie en los Estados Unidos. Y nosotros estamos asistiendo ya al comienzo de ese proceso.

¿Qué tenemos que hacer?

Ante el surgimiento de la bestia, de su imagen y de su marca, la respuesta solo puede ser la respuesta bíblica. Apocalipsis 14 nos da las instrucciones. En primer lugar, no debemos someternos a estos poderes aliados al papado: «No adoréis a la bestia ni a su imagen, ni recibáis su marca». No es posible someterse voluntariamente a estos poderes ni a sus aliados.

En segundo lugar, es preciso aprovechar la oportunidad actual para predicar en España, mientras todavía es posible hacerlo, pese a las voces que se levantan para silenciar el testimonio cristiano. Apocalipsis 14:8 y 18:4 nos llaman además a salir de Babilonia, es decir, a cortar todo vínculo con la Iglesia Católica, el protestantismo apóstata y todas las iglesias aliadas con esos poderes eclesiásticos.

En este contexto cobra plena vigencia la siguiente exhortación de Elena de White: «No está muy lejos el tiempo cuando las leyes contrarias al trabajo dominical sean más rigurosas, por lo que debiera hacerse un esfuerzo para adquirir terrenos lejos de las ciudades donde pueda cultivarse frutas y verduras». Este llamado a alejarse en la medida de lo posible de las ciudades, a cortar los vínculos que nos atan a sus poderes y estructuras, resulta hoy más pertinente que nunca. La profecía advierte que todo esto avanzará de forma sutil y gradual, como una bola de nieve que crece y gana velocidad. Lo que estamos observando actualmente en España son señales para quienes vivimos aquí y para el mundo entero. Señales que nos indican lo que viene. Más que nunca necesitamos lo que proclama Apocalipsis 14:12: la fe de Jesús, para guardar los mandamientos, para soportar con fe lo que se aproxima, para discernir lo que debemos hacer cada uno en particular y como iglesia, cuál es nuestra labor y cuál es nuestra misión.

El mismo Jesús dijo: «Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra». Hemos de saber cuándo es tiempo de huir de las ciudades o incluso, si la situación se agrava, de huir de España. Pero todo esto el Señor nos lo ha revelado no para atemorizarnos, sino para que nos despertemos, para que nos gocemos, para que busquemos al Señor con fe y sepamos que nuestra salvación está más cerca hoy que cuando creímos.

LAS MADRES Y SUS HIJAS

EGW en *The Health Reformer*,

1 de Febrero de 1871

A continuación presento la traducción íntegra y fiel del capítulo titulado "**Mothers and Their Daughters**" (Las madres y sus hijas), publicado originalmente el 1 de febrero de 1871 en la revista *The Health Reformer*:

Las madres y sus hijas

Algunas madres tienen la culpa de liberar a sus hijas del trabajo y del cuidado. Al hacerlo, las alientan en la indolencia. La excusa que estas madres a veces alegan es: "Mis hijas no son fuertes". Pero toman el camino seguro para hacerlas débiles e ineficientes. El trabajo bien dirigido es justo lo que requieren para hacerlas fuertes, vigorosas, alegres, felices y valientes para enfrentar las diversas pruebas



con las que esta vida está plagada. Madres, el trabajo no dañará a sus hijas tanto como lo hará la indolencia. ¿Se sienten cansadas al cierre de las tareas del día?. Un descanso nocturno las refrescará y vigorizará, y por la mañana estarán

preparadas para dedicarse de nuevo al trabajo útil.

Muchas madres están demasiado dispuestas a escudar a sus hijas delicadas, amantes de la comodidad y buscadoras de placer, del cuidado y la responsabilidad, como si temieran que un poco de cuidado pudiera dañarlas. Estas madres cometen un triste error. Al quitarles las responsabilidades a sus hijas, las vuelven ineficientes para el trabajo útil y las inutilizan en lo que respecta a la vida práctica.

Su educación tiene una tendencia a hacerlas desconsideradas con los demás. Son frívolas y, tal vez, vanidosas. Sus mentes están ocupadas con ellas mismas. Sus propias diversiones y gratificaciones egoístas son su estudio principal. Se vuelven orgullosas, difíciles de enseñar y poco amables. Se imaginan delicadas de salud, cuando tienen los poderes dentro de sí, si se pusieran en ejercicio, para ser mujeres trabajadoras y útiles.

La indolencia es una maldición para ellas. Aprenden el simular afectado de la moda y el ceceo artificial, tan comunes en las señoritas mimadas. La afectación se ve en cada acción. Se divierten consigo mismas y son

desconsideradas con los demás. Viven de la abundancia que las rodea en sus hogares paternos y dependen de la munificencia que les dan sus padres. Se apoyan en la fuerza paterna y no logran adquirir el poder de depender de sí mismas. Y las de esta clase no están preparadas para las crudas realidades de la vida. No hacen provisión para las pérdidas y decepciones de esta vida inconstante. Pueden verse privadas de propiedades y de padres. ¿En qué se apoyarán entonces?. No han adquirido un principio de autosustento, de noble independencia y confianza en sí mismas, y decaen a causa de la murmuración, la decepción y el desánimo. Entonces pueden lamentar los defectos en su educación y culpar a sus madres por ellos. Estos son algunos de los muchos frutos de la equivocada ternura de una madre.

La inactividad debilita el sistema. Dios hizo a los hombres y a las mujeres para ser activos y útiles. Nada puede aumentar la fuerza de los jóvenes como el ejercicio adecuado de todos los músculos en el trabajo útil. Pero la madre indulgente frecuentemente sacrifica su vida en su afecto mal guiado por sus hijos. ¿Y son ellos, de alguna

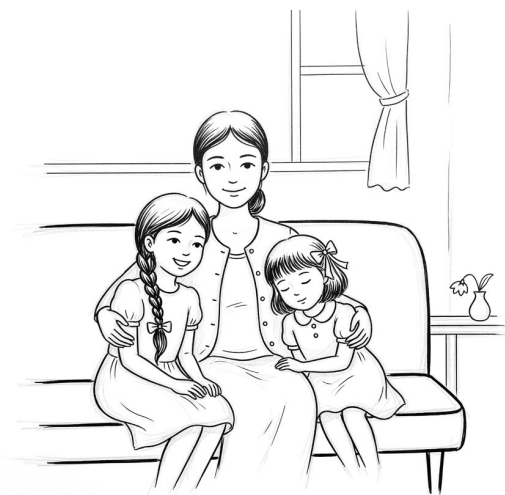
manera, beneficiados por el gran sacrificio de la preciosa fuerza de la madre?. No; son perjudicados positiva y permanentemente. Se les enseña a pensar y cuidar solo de sí mismos. "Tal como se dobla la rama, se inclina el árbol".

Especialmente es este el caso con aquellas hijas que están más directamente bajo la influencia de la madre. Ella debería instruir a sus hijas a no ceder ante indisposiciones y dolencias leves. Si se quejan de incapacidad para trabajar, no se les debe instar a comer. Se les debe enseñar que si son incapaces de realizar un trabajo ligero, el sistema no está en condiciones de encargarse de la comida. Deberían ayunar por una o dos comidas y beber solo agua pura y blanda. La pérdida de una comida o dos permitirá al sistema sobrecargado superar leves indisposiciones; e incluso dificultades más graves pueden superarse mediante este sencillo proceso.

Es muy perjudicial para las personas carnosas permanecer acostadas en cama, simplemente porque se sienten enfermas. Algunos, incluso estando así inactivos, comen con regularidad. Los poderes físicos, mentales y morales se debilitan por

la indolencia. Madres, si sus hijas están rodeadas de abundancia, no hagan de esto una excusa para descuidar el darles una educación en las ramas útiles del trabajo doméstico. No fomenten en ellas la indolencia, ni permitan el empleo frívolo de su tiempo. Deberían ayudar a sus hijos a adquirir un conocimiento de que, si fuera necesario, podrían vivir de su propio trabajo. Deberían enseñarles a ser decididos en seguir los llamados del deber.

"Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron".



JESÚS VESTIDO COMO SERPIENTE

Según la Biblia y el mensaje de 1888

John Garcia

Enviado en carne de pecado

El tema que nos ocupa es, a la vez, historia bíblica y profecía. En una de sus experiencias por el desierto, el pueblo de Israel se encontraba camino del Mar Rojo. El versículo 4 del capítulo 21 de Números narra que, en sus peregrinaciones, el pueblo rodeaba la tierra de Edom —territorio de los descendientes de Esaú, hermano mellizo de Jacob, padre de Israel—, pues Dios les había pedido que no atravesaran esa tierra sino que la bordearan. El camino era, por tanto, más largo.

El abatimiento del pueblo y sus consecuencias

Ante la extensión del trayecto, dice la Escritura que se abatió el ánimo del pueblo. El pueblo cedió a esa depresión, y el versículo 5 recoge lo que siguió: «Habló el pueblo contra Dios y contra Moisés. ¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para que muramos en este desierto? Que no hay pan ni agua, y nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano». El pan liviano al que se refieren es el maná.

El pueblo se queja y compara el breve momento de tribulación con los años de esclavitud en Egipto, al punto de que pareciera que hubiesen preferido seguir como esclavos. Se quejan de la comida; pero ha de notarse que todo esto es consecuencia directa de haber

permitido que su ánimo se abatiera. Aquí reside una lección: también nosotros, en las vicisitudes de la vida, atravesamos momentos en que el camino se hace más pesado y escasea aquello a lo que estábamos acostumbrados. Que el ánimo se resienta es comprensible, en cuanto somos seres humanos. El peligro consiste en entregarse al desánimo y dejar que este nos lleve a hablar contra Dios y contra quienes Él ha escogido para guiar a su pueblo. ¿Qué hizo el Señor? El versículo 6 declara: «Jehová envió entre el pueblo serpientes ardientes que mordían al pueblo, y murió mucho pueblo de Israel». Que Jehová «enviase» las serpientes ha de entenderse, como enseña el espíritu de profecía y otros pasajes de las Escrituras, en el sentido de que Dios retiró su protección. En su peregrinación por el desierto, el pueblo se hallaba rodeado de animales peligrosos y venenosos; si hasta ese momento no habían sufrido ningún encuentro con ellos, era porque Dios los protegía. Desde la salida de Egipto, cuando los egipcios intentaron darles alcance, Dios se manifestó como su protector a través de la columna de fuego o la nube que los cubría. Esa protección estuvo siempre presente. Al quejarse, Dios quiso darles a entender que incluso las escasas comodidades que tenían se debían a que Él estaba con ellos.

El Señor, pues, retiró su protección. Las serpientes que habían sido contenidas por la presencia de Dios y sus ángeles tuvieron entonces permiso para entrar al campamento. Así el pueblo de Israel comenzó a comprender que Dios los estaba guiando, protegiendo y proveyendo, aunque ellos hubiesen deseado más. Y murió mucho pueblo de Israel.

La tipología: Israel en el desierto como figura de la salvación

Como se indicó al comienzo, esta historia es a su vez una tipología. El propio Jesucristo se la explicó a Nicodemo en el evangelio de Juan, capítulo 3: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él crea no se pierda, sino que tenga vida eterna». Esta historia es, por tanto, una tipología de la salvación. El pueblo de Israel representa a todos los que forman parte del Israel de Dios, categoría que no atiende a nacionalidad ni a raza, sino al nombre, el carácter y la fe: todos los que creen en Cristo son de Israel.

Todos los seres humanos, en el momento en que nacemos en este mundo, nacemos con la mordedura de la serpiente: la serpiente antigua del capítulo 3 de Génesis, que el Señor tomó desde ese momento como símbolo. En ese texto, Dios dijo a la serpiente: «Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente de ella». La mujer representa a la iglesia; la simiente de la mujer, a Cristo. «Tú le herirás en el calcañar, pero ella te herirá en la cabeza.» Esto significa que así como nosotros hemos nacido con la mordedura de la serpiente, Jesucristo también vendría en semejanza de

serpiente y sería mordido por ella. Sin embargo, la Biblia especifica que la serpiente solo podría morder el calcañar de Cristo, el tobillo, mas no su cabeza. Se enseña así que Jesucristo vendría en carne de pecado —que es el ropaje de la serpiente—, que la serpiente lo mordería en el calcañar al venir en un cuerpo mortal, pero que no podría tocar su cabeza. Por eso Jesús jamás pecó. Las serpientes entran al pueblo, muerden y el pueblo muere. La paga del pecado es la muerte. Adán y Eva escucharon a la serpiente y fueron mordidos; todos los nacidos de Adán nacemos con esa mordedura, nacemos con la muerte, con la carne de pecado. Desde el momento en que nacemos, entramos en esclavitud al pecado y pecamos; y por el pecado viene la muerte, tal como murió el pueblo de Israel por las mordeduras.

El reconocimiento del pecado y la petición de auxilio

El versículo 7 de Números 21 narra la reacción del pueblo: «Vino a Moisés y le dijeron: Hemos pecado por haber hablado contra Jehová y contra ti». Moisés es también símbolo del ungido, que es Cristo: «Hemos pecado por haber hablado contra ti, contra tus ungidos». El pueblo empieza a reconocer que su pecado ha sido la causa de que sean mordidos por la serpiente y mueran.

Cabe imaginar que transcurrió algún tiempo antes de llegar a ese reconocimiento. Algunos, ya mordidos, buscaban alguna solución y finalmente sucumbían. Otros intentaban escapar de la mordedura y también eran alcanzados. Solo cuando fracasaron todos los recursos humanos, cuando comprendieron que les era imposible

evitar tanto la mordedura como la muerte, reconocieron su pecado y se presentaron ante Moisés confesando: «Hemos pecado». Ese es el primer paso: el reconocimiento de nuestro pecado, de nuestro problema y de nuestra maldad. El versículo prosigue: «Ora a Jehová, ruega que quite de nosotros estas serpientes». Quienes antes murmuraban contra Dios — «¿Por qué nos has traído?»— entienden ahora que su única salvación está en Él, y que vivir separados de Dios solo les augura la muerte. Esta es una reflexión que debemos mantener cada día de nuestra vida: comprender que lo que nos aguarda fuera de Dios es la muerte. La Escritura dice, y el Salmo y Job lo confirman, que el ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen y los defiende. Aunque no lo veamos, como ilustra el relato de Eliseo, hay un ejército que nos rodea y nos protege. Porque los demonios son como serpientes que rondan alrededor de nuestra casa, nuestra familia y nuestra persona, y los aliados de esos demonios —seres humanos que aborrecen el evangelio— también están al acecho esperando el momento de atacar. Queda ilustrado esto en la historia del pueblo de Israel cuando sus enemigos quisieron maldecirlo y no pudieron. Esas eran también serpientes esperando atacar. Una de ellas razonó que si lograban hacer pecar al pueblo, Dios retiraría su protección. Y así ocurrió: se infiltraron, invitaron a los líderes a sus fiestas y a sus dioses, el pueblo pecó y quedó expuesto. Una y otra vez, Satanás y sus demonios, como serpientes, rondan buscando el momento en que puedan penetrar en nuestro campamento, en nuestra vida y en nuestro hogar para destruirnos. Es necesario, por tanto, entender: primero, que tenemos los demonios

como serpientes a nuestro alrededor, así como hombres aliados de esa serpiente que desean nuestra ruina; segundo, que lo que nos protege es Dios; y tercero, que el muro, el cerco, es la ley. En el momento en que transgredimos la ley y nos apartamos de los mandamientos, abrimos la puerta para que las serpientes entren en nuestra vida. Es más, nosotros mismos llevamos un ropaje de serpiente, porque la serpiente simboliza también la carne de pecado. Tenemos dentro de nosotros una serpiente interior que quiere dominar nuestra mente, pues hemos sido mordidos; llevamos el veneno en nuestro cuerpo y ese veneno va subiendo, queriendo tomar el control del corazón y de la mente. Si creemos y entendemos todo esto, nos corresponde hacer lo que la Escritura ordena: rogar a Dios que quite de nosotros esa serpiente, que no permita que las serpientes entren y que el veneno que llevamos en el calcañar no suba a tomar el control de nuestras vidas.

La serpiente de bronce: el evangelio en el desierto

La solución se revela en el versículo 8: «Jehová dijo a Moisés: Hazte una serpiente ardiente, ponla sobre una bandera, y será que cualquiera que fuere mordido y mirare a ella vivirá». Aquí está el evangelio. Aquí está lo que Jesús le dijo a Nicodemo. Y aquí está la enseñanza sobre la carne de pecado de Cristo.

Dios no le ordenó a Moisés hacer una paloma, símbolo de la paz, ni un cordero de santuario. Jesús es el Cordero de Dios, pero ese aspecto apunta al carácter de Cristo. En ese momento, Dios quería que quedara registrado, para que los judíos lo entendieran, otro aspecto de Cristo que

también necesitaban conocer: que el Hijo del Hombre vendría vestido como nosotros, de serpiente. Vendría mordido en el calcañar, con veneno en él. Cristo tenía el veneno de la serpiente en su calcañar; pero —y esto es fundamental— solo en el calcañar. No llegó al corazón ni a la mente. Así lo enseña Romanos 8:3: «Por cuanto era imposible para la ley, por la debilidad de la carne, Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado». Eso es el veneno de la serpiente; ese es el ropaje de serpiente. Y es lo que Jesús le estaba comunicando a Nicodemo: el Hijo del Hombre había de ser levantado así como Moisés levantó la serpiente.

El Hijo del Hombre es la serpiente, pero no una serpiente completa, sino una serpiente de bronce. ¿Qué significa esto? Que Él no solo vendría en la forma de la serpiente, con el veneno de una serpiente, sino que el bronce bruñido —tal como aparece en Apocalipsis capítulo 1, donde Cristo se revela a Juan con pies de bronce bruñido y brillante— representa la divinidad, la gloria de Cristo. La serpiente de bronce tiene, por tanto, dos elementos: es serpiente, pero es de bronce. Tiene dos naturalezas. El Hijo del Hombre vendría en carne de pecado, mordido en el calcañar, con veneno de serpiente; pero vendría también revestido de la gloria del unigénito.

Así lo expresa Juan 1:14: «Aquel Verbo fue hecho carne». El Verbo de Juan 1:1 —que estaba en el principio con Dios y era también Dios— se hizo carne, carne de pecado. Y Juan añade: «Y vimos su gloria, la gloria del unigénito Hijo de Dios», que es el bronce bruñido.

La crucifixión y el intercambio

Cristo no solo vendría en el ropaje de la serpiente, mordido en el calcañar y con veneno de serpiente, sino que también debía morir. Eso es lo que Jesús le explica a Nicodemo al citar este pasaje: «Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado», y hacía referencia a su crucifixión. La segunda parte de Romanos 8:3 dice que vino «en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado condenó al pecado en la carne», es decir, murió. ¿Por qué? Porque todos hemos sido mordidos por la serpiente y todos tenemos que morir. La serpiente de bronce toma el lugar de todos los mordidos y muere en su lugar. Eso fue lo que hizo Jesús: murió en la cruz, fue levantado —y ese levantamiento es la crucifixión—, murió como serpiente. Murió como un criminal condenado entre criminales, pagando el pecado de nuestro crimen. Tomó no solo la naturaleza de los criminales, sino también la culpa y el castigo de los criminales, que somos nosotros.

Por eso hay que mirar: mirar significa contemplar la serpiente de bronce, que es Cristo, y entender que Él tomó mi lugar. Si acepto eso y lo creo de corazón, se hace efectivo. ¿Qué significa efectivo? Él toma mi lugar y yo tomo su vida. Él toma mi pecado y yo tomo su justicia. Él toma mi culpa y yo tomo su inocencia. Él toma mi castigo y yo tomo la vida eterna. Es un intercambio, una transacción, y solo se da por el mirar con fe.

Si alguien se hubiese puesto a filosofar o a buscar una explicación científica de cómo era posible que la mordedura de la serpiente fuese curada con solo mirar una serpiente de bronce —sin que hubiese una conexión física directa ni suero antiofídico en el aire—, habría muerto. El mensaje no era filosofar ni

buscar una explicación científica. El mensaje era mirar y vivir, mirar con fe, creer y vivir. Y exactamente eso mismo dice Jesús a Nicodemo: «Como Moisés levantó la serpiente, es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en Él creyere no se pierda, sino que tenga vida eterna». La fe no es una explicación científica; la fe es creer la palabra de Dios.

El versículo 9 de Números 21 concluye: «Moisés hizo la serpiente de metal y la puso sobre una bandera; y fue que cuando alguna serpiente mordía a alguno, miraba la serpiente de bronce y vivía». Los israelitas que recibieron el mensaje, que creyeron y miraron, vivieron. Así es también hoy.

¿A qué serpiente de bronce hay que mirar?

Podría preguntarse: ¿cuál es la cruz a la que debo mirar y creer para vivir? La respuesta es la serpiente de bronce. No hay que mirar solamente el bronce, ni solamente la serpiente. El bronce lleva serpiente y la serpiente es de bronce: las dos naturalezas están unidas. ¿Quién muere en la cruz? El Hijo de Dios, vestido de serpiente, es decir, con carne de pecado.

Hay quienes han construido sus propios ídolos: han hecho, por así decirlo, una apariencia de serpiente sin el bronce, o de bronce sin la serpiente. No aceptan que Jesús tenía carne de serpiente y veneno de serpiente en su tobillo. ¿Por qué? Porque sostienen que Jesús fue concebido sin pecado original, de la misma forma que, según ellos, su madre fue concebida sin pecado original. La doctrina del pecado original, procedente de la Iglesia Católica, enseña que las personas nacen con el pecado de Adán y mueren por él, pero que María no heredó ese pecado y que, por tanto, Jesús tampoco lo tenía. Así se llega a

decir que Jesús tenía carne sin pecado. Pero Romanos 8:3 afirma textualmente que tenía carne de pecado.

Los que creen que Jesús tenía carne sin pecado han convertido a Jesús en un ídolo, porque ese no es el Jesús de la Biblia. La Biblia, de forma textual en muchos versículos y de forma simbólica en muchas parábolas, apunta siempre al mismo punto: el que murió en la cruz era Dios en carne de pecado. En su naturaleza divina era el Hijo de Dios literal, engendrado no primeramente en María sino desde los días de la eternidad. Por ser Hijo de Dios, heredó la divinidad en su totalidad. Cuando luego se hizo hombre, tomó la carne de pecado. Por eso es una serpiente —carne de pecado— de bronce bruñido —de divinidad—. Y esa serpiente, mirada con fe, es la que salva. Si se mira solo la serpiente o solo el bronce, no se recibirá la salvación, porque lo que Dios proveyó, como ya Jesús le explicó a Nicodemo, es la serpiente de bronce.

El contexto de Nicodemo

El contexto de Nicodemo era que necesitaba nacer de nuevo para heredar la vida eterna, pero no lo aceptaba porque creía no haber sido mordido por la serpiente. Pensaba que, al descender de la simiente de Abraham, su simiente era ya santa. No entendía que había nacido no solo en carne de pecado, sino esclavo del pecado. Cuando finalmente entiende que debe nacer de nuevo, pregunta a Jesús: «¿Y cómo es esto posible?» Y Jesús le responde: mirando la serpiente de bronce. Al mirar la serpiente de bronce, allí se nace de nuevo.

Respecto al logotipo médico de la serpiente en la estaca, procede de otras tradiciones —filosofía y dioses griegos—, y no guarda relación con este pasaje.

Las dos naturalezas de Cristo según la Escritura

La Biblia es muy clara en este punto. Romanos 8:3 ya lo expuso. Gálatas 4:4 añade: «Venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley». «Nacido de mujer» significa, como afirma el Salmo 51, que nació con carne de pecado, pues la madre de Jesús también la tenía. «Nacido bajo la ley» significa que nació con una carne de serpiente, carne de pecado, con una carne que tenía tendencia contraria a Dios. Como dice Romanos 8, la carne tiene tendencia que va contra la ley de Dios y no puede sujetarse a ella. Así era la carne de Jesús.

Alguien podría objetar: entonces Jesús también pecó. Pero aquí interviene lo que Lucas narra. Cuando el ángel le dijo a María que sería escogida para llevar en sí al Hijo de Dios, y ella preguntó «¿cómo será esto, pues no conozco varón?», el ángel respondió: «El Espíritu de Dios vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por tanto, el santo ser que nacerá será llamado Hijo de Dios». Es decir, Jesús tenía carne de pecado, pero desde el momento de su concepción fue concebido del Espíritu Santo.

Cuando nosotros somos concebidos, no lo somos del Espíritu Santo, sino que, como dice el Salmo 51, somos formados en maldad: nuestra madre nos transmite sus pensamientos, sus emociones y sus debilidades a través del embarazo, incluida la mente pecaminosa. En Jesús, en cambio, la mente era el Espíritu Santo que moraba en Él desde el primer instante, porque en Él se unieron la humanidad y la divinidad; y fue esa divinidad la que le hizo vencer el pecado y el veneno que tenía en su carne. El veneno de la serpiente no llegó a tocar el corazón ni

la mente, porque el Espíritu de Dios que moraba en Cristo lo impedía. Por eso el ángel dijo a María que el santo ser que nacería sería llamado Hijo de Dios: no con carne santa, sino con mente santa.

Carne de pecado y mente santa.

Nosotros tenemos carne de pecado y nuestra mente no es santa, porque porta las tendencias del pecado. Al no nacer del Espíritu, nacemos en esclavitud a la carne, y la carne nos lleva a pecar. Todo ser nacido en carne de pecado que no haya nacido de nuevo peca automáticamente. Esa es la diferencia entre Jesús y nosotros.

Sin embargo, en el momento en que hacemos lo que el Señor Jesús le dijo a Nicodemo y nacemos de nuevo, ese corazón perverso y esa mente pecaminosa nos son quitados, se nos da un nuevo corazón y un nuevo espíritu; y con ello tendremos la misma condición de Jesús: carne de pecado, pero el Espíritu Santo dominando en nuestra mente, un nuevo corazón y un nuevo espíritu. Podremos entonces vivir la gloria que vivió Cristo, pero solo si tenemos la mente de Cristo. Como dijo el apóstol Pablo en Gálatas 2:20: «Ya no vivo yo, vive Cristo en mí», refiriéndose al Espíritu Santo que vivía en él. Y añade: «Lo que vivo en la carne, lo vivo en la fe». El que vive en fe vive en obediencia a los mandamientos. Así se cumple Romanos 8:4: la justicia de la ley se cumple en nosotros, porque tenemos a Cristo en nosotros. Cristo nos cubre con su justicia y nos da el poder de esa justicia; el pecado cometido es limpiado y perdonado, y el pecado que reside en nuestra carne y quiere imponerse en nuestra vida es condenado, sometido y doblegado. Hebreos 4:15 y la tentación de Cristo El hermano menciona un texto complementario: «No tenemos sumo

sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4:15). Nuestro sumo sacerdote fue tentado en todo como nosotros, con la carne de pecado, pero no permitió que el veneno tomara el corazón ni la mente. No pecó jamás. En el mismo sentido, Hebreos 7:26 lo describe como «santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores».

En cuanto a la pregunta sobre el sentido de «sacrificio vivo» de Romanos 12, la respuesta es la siguiente: no se trata de una muerte literal como los sacrificios de la antigüedad, sino de sacrificar algo de nosotros mismos, de crucificar la carne con sus pasiones y deseos. También nosotros debemos convertirnos en serpientes de bronce: ya somos serpientes por nacimiento; necesitamos el bronce, que es la divinidad de Cristo, que es la justicia de Cristo. Cuando tenemos ese bronce de Cristo, podemos crucificar la carne con sus pasiones y concupiscencias, porque Jesús dijo claramente: «Separados de mí, nada podéis hacer». Sin Cristo no es posible vencer la carne. El bebé, el niño, el joven y el adulto que no tienen a Cristo no pueden vencerla. Pero en el momento en que unimos nuestra carne de pecado con la divinidad de Cristo, podemos crucificar la carne con sus pasiones y deseos.

Conclusión: mirar y vivir, convertirnos en serpientes de bronce

La gran verdad del evangelio, la que Jesús le comunicó a Nicodemo en Juan 3:14-15, es esta: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en

Él creyere no se pierda, sino que tenga vida eterna».

Hay que ver al Hijo del Hombre levantado como una serpiente de bronce: serpiente en carne de pecado, de bronce en su divinidad, crucificado. Si lo vemos y creemos, no nos perderemos; tendremos vida eterna, justicia eterna —la justicia de Cristo—, el Espíritu de Cristo y al propio Cristo viniendo a vivir en nosotros. Y podremos decir como Pablo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado como sacrificio vivo. Mi carne está crucificada, pero ya no vivo yo —la carne de pecado—, sino que Cristo vive en mí. Y lo que vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios».

Solo así se cumplirá en nosotros lo que declara Apocalipsis 14:12: «Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús». Si guardamos la fe de Jesús, recibimos la justicia de Jesús. Si creemos en Jesús como la serpiente de bronce —carne de pecado unida a la divinidad, muerta por nosotros—, recibiremos la justicia de Cristo, guardaremos sus mandamientos y solo así tendremos el poder para resistir a la bestia, a su imagen y a su marca.

Seremos más que vencedores.

La serpiente de bronce es Cristo. Tenemos que mirar y vivir, y a su vez convertirnos también en serpientes de bronce. Ya somos serpientes por nacimiento; necesitamos el bronce de Cristo Jesús. Que el Señor nos bendiga y nos ayude a entender esto de corazón, y recordemos las palabras de Jesús: necesitamos ver al Hijo del Hombre levantado como una serpiente. Mirar y vivir.



SAB 13 DE JUNIO DE 2026

11 AM ESPAÑA

Iglesia Sabatista de la Fe de Jesús

Esta lección evidencia milagros realizados directamente por el Espíritu Santo, inexplicables conforme a las leyes de la física, y muestra que la obra de los primeros discípulos estuvo dirigida directamente por el Espíritu del Señor, no por mero capricho. El texto de oro lo confirma: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna» (Juan 3:36).

La guía del Espíritu hacia Samaria y Gaza

Tras salir de Jerusalén, Felipe predicó el evangelio en Samaria, según Hechos 8:5 y 8:25, lo cual sugiere que el Espíritu lo guiaba allí. El Espíritu de Profecía lo confirma en Hechos de los Apóstoles, página 86: «Por el Espíritu Santo a Samaria, donde la proclamación del evangelio fue recibida con gran gozo». Concluida esa obra, un ángel del Señor le indicó, según Hechos 8:26: «Levántate y ve hacia el sur, por el camino que desciende de Jerusalén a Gaza, el cual es desierto». Felipe no fue de un lugar a otro por azar, sino guiado

por el Espíritu; al llegar, este le indicó con exactitud qué hacer. Bajo tal guía no hay lugar para dudas ni arrepentimientos.

Cabe preguntarse si el Señor desea ahora dirigir a sus ministros de un modo distinto al que estableció al comienzo de la iglesia. No parece razonable pensarlo así. El Señor desea que, al elegir un lugar para predicar, lo consultemos con Él, oremos para que nos guíe, y que no sea nuestro arbitrio ni capricho lo que decida, sino que seamos guiados por el Espíritu, porque nadie mejor que Dios conoce dónde hace falta la obra.

El encuentro con el eunuco etíope

Al llegar al lugar señalado, Felipe vio, según el versículo 27, a «un etíope eunuco, funcionario de Candace, reina de los etíopes, el cual estaba sobre todos sus tesoros, que había venido a Jerusalén para adorar». La Biblia no

revela su nombre, solo su cargo al servicio de esa reina.

El versículo 28 añade que «volvía sentado en su carro y leyendo el profeta Isaías», en un rollo de pergamino o piel, como era costumbre en la época. El Espíritu indicó a Felipe, según el versículo 29: «Llégate y júntate a este carro». Felipe se encontró así junto al eunuco y notó que este leía en voz alta, «buscando fervientemente la verdad». Felipe fue directamente al grano, según el versículo 30: «¿Entiendes lo que lees?» El eunuco respondió, en el versículo 31: «¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare?», y le rogó que subiera y se sentara con él. Cabe señalar que la Etiopía mencionada no corresponde al país moderno, sino a una región al sur de Egipto, llamada Cus en el Antiguo Testamento. El hecho de que Dios enviara a Felipe a compartir el evangelio con un gentil de África demuestra que la salvación es para todas las naciones, no solo para los judíos.

La salvación para todas las naciones

Prácticamente todas las predicaciones del libro de los Hechos declaran que el Señor concedió la salvación también a los gentiles. La persecución desatada en Jerusalén dispersó a los creyentes hacia Judea, Samaria y otros lugares, expandiendo así la predicación. En Pentecostés, el don de lenguas permitió que todos los presentes, no solo judíos, entendieran el mensaje; y la visión de Pedro del lienzo con los animales era simbólica, indicando que debía predicar también a los gentiles, como sucedió con Cornelio. El caso de Felipe con el eunuco africano confirma que Jerusalén fue solo el epicentro de un movimiento destinado a alcanzar a todo el mundo.

El pasaje de Isaías y la pregunta del eunuco

El eunuco leía los versículos 32 y 33: «Como oveja a la muerte fue llevado, y como cordero mudo delante del que lo trasquila, así no abrió su boca. En su humillación no se le hizo justicia. Más su generación, ¿quién la contará? Porque fue quitada de la tierra su vida», pasaje que corresponde a Isaías 53:7-8. Además de confesar que no entendía, formuló una pregunta más relevante aún, recogida en el versículo 34: «Te ruego que me digas: ¿de quién dice el profeta esto, de sí mismo o de algún otro?» Los judíos tenían —y aún tienen— su propia manera de interpretar este pasaje; algunos creen que se refiere a los sufrimientos del pueblo de Israel en general, como figura colectiva. Ante esa pregunta, el versículo 35 relata: «Entonces Felipe, abriendo su boca y comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús», explicándole que el texto se refería a Jesucristo mismo, quien iría a morir sin protestar, aceptando su misión hasta la cruz.

El contenido de la predicación: solo Cristo y su plan de salvación

Ese pasaje, Isaías 53, contiene una gran cantidad de evangelio: describe la condición perdida del hombre y el sufrimiento de Cristo a causa de ella. «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; más Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestras iniquidades; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por sus llagas fuimos nosotros curados.» También describe su glorioso triunfo, cuando,

habiendo recibido a aquellos a quienes compró con su sangre, Jesús ve el sufrimiento de su alma y queda satisfecho.

Esto era precisamente lo que Felipe predicó a los samaritanos. Más tarde, Pablo decidió no conocer sino a Cristo y a Cristo crucificado, según 1 Corintios 2:2, y no gloriarse sino en la cruz, según Gálatas 6:14. Al igual que los primeros apóstoles, debemos predicar lo mismo: nada de fábulas, cuentos ni entretenimiento, sino a Jesucristo y su plan de salvación, conforme a la gran comisión de Mateo 28. El apóstol afirma que Cristo es la plenitud de Aquel que lo llena todo en todo, según Efesios 1:23; todo se consume en Cristo: la salvación, la redención, el nuevo nacimiento.

La petición de bautismo

Mientras continuaban el camino, el eunuco preguntó, según el versículo 36: «Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?» Le bastó entender el plan de salvación, expuesto en Isaías, para pedir el bautismo en cuanto vio agua. De esta pregunta se desprende que el bautismo está necesariamente incluido en la predicación de Jesús, tal como lo confirma también la predicación de Juan, y el propio mandato de Jesucristo a sus discípulos de bautizar. Una cita de El Evangelismo, página 225, lo resume: «La presentación fiel de Cristo siempre lleva el alma a comprender el deber sagrado del bautismo como sello exterior del nuevo nacimiento».

Comprender la Escritura requiere orientación

Muchas personas leen la Escritura sin comprenderla completamente; por eso Dios usa a sus siervos para ayudar a explicar su palabra, tal como hizo con las parábolas de Jesucristo, que a veces

ni los propios discípulos entendían de inmediato. Solo el Señor conoce los corazones y sabe quién está dispuesto a escuchar; este eunuco buscaba a Dios, y Dios no se olvidó de él. Toda la Escritura está hecha para que los sencillos y humildes que buscan obedecer puedan entender, enviándoles, si es necesario, a alguien que les explique; pero quienes no tienen disposición se quedan sin entender, al punto de que algunos tienen la Biblia como objeto decorativo, leyendo sin comprender.

Cabe aclarar que el antiguo reino de Cus no estaba en la actual Etiopía, sino en Nubia, en el actual Sudán. La pregunta del eunuco —¿qué puede interponerse en el camino?— recuerda que nada debe impedir que un creyente siga a Jesús, ni su pasado ni su estatus social; como extranjero y eunuco, podría haberse sentido excluido de las prácticas religiosas judías, pero el mensaje de Felipe dejó claro que Jesús acoge a todos los que creen en Él, sin importar origen, color ni estatus social.

El significado del bautismo

Hechos 8:38 relata: «Descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó». Romanos 6:3-5 añade que somos bautizados en la muerte de Cristo, sepultados con Él, para resucitar también con Él a una vida nueva. Colosenses 2:11-13 lo confirma: «Sepultados juntamente con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos». Y Gálatas 3:27 culmina: «Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos». El bautismo es, así, para remisión de pecados y para recibir el don del Espíritu Santo; simboliza la muerte a los

pecados y la resurrección a una nueva vida. Es fundamental no porque haga falta un baño o una ceremonia, sino por lo que representa: un testimonio de que hemos muerto a nuestra vida antigua y resucitado a una nueva en Cristo Jesús.

Lo necesario para ser bautizado

Tras predicar a Jesús, el eunuco preguntó por el bautismo. Felipe respondió: «Si crees de todo corazón, puedes», y el eunuco contestó: «Creo que Jesús es el Hijo de Dios». Tras esta declaración, lo bautizó. Lo que es suficiente para salvar a un hombre es suficiente para permitirle ser bautizado, como confirma Romanos 10:9: «Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo».

A veces se complican las cosas pretendiendo que la persona conozca todas las doctrinas antes de bautizarse. No es necesario: lo fundamental es creer que Jesús es el Hijo de Dios y tiene poder para salvar, y arrepentirse de los pecados, dejando la vida antigua, que es justamente lo que el bautismo simboliza. Felipe requirió un examen sincero, indicando que el rito sagrado demanda una fe total, sincera y arraigada profundamente en el alma.

¿Es suficiente la fe en Cristo?

Hechos 16:31 responde con claridad: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa». Romanos 12:8-9 añade cómo deben hacerse las buenas obras en la iglesia, por amor; y Juan 3:16 culmina: «Todo aquel que en él cree no se pierde, mas tenga vida eterna». Es, según una cita de Elena de White en El camino a Cristo, página 50,

el único fundamento necesario ante el cielo.

Sí, es suficiente, pero ha de ser fe verdadera: una fe viva, que provenga de leer la palabra, y que vaya acompañada de obras, pues la fe sin obras es muerta. La fe no es solamente una opinión, sino un don del Espíritu que se demuestra mediante obras. Esas obras se resumen en la ley: amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo, pues quien no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede decir que ama a Dios, a quien no ha visto.

Qué es la fe bíblica en el Señor Jesús

La fe verdadera se basa en el amor y actúa por el amor, según Santiago 2:22 y Gálatas 5:6; además va unida a la palabra de Dios, pues la fe viene por el oír esa palabra. Lo único que sabemos de Jesús procede de lo que leemos en la Biblia; por tanto, creer en Jesús significa creer todo lo que ella dice acerca de Él, pues toda la Escritura es inspirada por Dios. Si hay algo que la Biblia dice de Él que no aceptamos, no creemos realmente en Jesús. Debemos creer que vino a salvar a los pecadores, según 1 Timoteo 1:15; que tiene poder para hacerlo, según Mateo 28:18, Romanos 1:4 y Hebreos 7:25; y que se entregó por el mundo, según Juan 3:16 y Hebreos 2:9. Quien cree en Cristo debe reconocer que, sin Él, todo hombre es pecador, sin vida ni esperanza; y quien reconoce ser pecador aceptará a Cristo como su salvador. El pecador que no lo acepta como tal no cree realmente en Él. Para creer en Dios con la fe simple y sencilla del etíope, hay que leer la Escritura, tal como él hacía cuando el Espíritu envió a Felipe.

Un hombre que ya guardaba la ley

El eunuco había venido a adorar a Jerusalén, lo cual indica que probablemente era un prosélito judío, circuncidado, que guardaba el Levítico 11 y observaba el sábado y la ley. No era una persona pagana cualquiera: vivía prácticamente como judío, y lo único que le faltaba era creer en Jesús y comprender que su ministerio y su muerte habían sido predichos por Isaías. Posiblemente formaba parte de aquel grupo que conservaba la herencia y los conocimientos que la reina de Saba obtuvo a través de Salomón.

El bautismo por inmersión

Hechos 8:38 señala con claridad que ambos descendieron al agua, lo cual indica que el bautismo ha de ser por inmersión total y completa, no con una pequeña cantidad de agua. El Espíritu de Profecía lo confirma en Historia de la Redención, página 285: «Ambos descendieron juntos a la corriente de agua, cumpliendo la

ordenanza por inmersión total, tal como Cristo dio ejemplo en el Jordán».

Dios provee todo lo necesario para la obediencia; así como proveyó agua en el desierto para que Felipe y el eunuco pudieran bautizarse en una corriente — no en un lago—, siempre provee lo que necesitamos para seguirlo fielmente.

El arrebatamiento de Felipe y la misión del eunuco

Tras subir del agua, según los versículos 39 y 40: «El Espíritu del Señor arrebató a Felipe, y el eunuco no le vio más; y siguió gozoso su camino». Felipe se encontró entonces en Azoto, a unos 40 o 45 km de distancia, recorridos en un instante, pasando por alto las leyes físicas: un milagro, pues para Dios no hay nada imposible. Hechos de los Apóstoles, página 89, lo confirma: «El Espíritu del Señor trasladó milagrosamente a Felipe. El eunuco siguió gozoso su camino a África, transformándose en el gran misionero para su propio pueblo».

Conclusión

Esta lección es clara acerca de cómo debe llevarse a cabo la evangelización, dirigida primeramente por el Espíritu, y acerca de las condiciones del bautismo. El Señor dirigió los pasos de los apóstoles, no por capricho sino por el Espíritu, hacia todas las personas, sin importar condición social, color de piel u origen. Jesús da la bienvenida a todos los que creen en Él, así como acogió a los pecadores y a los quebrantados; y el evangelio, al llegar a un extranjero gentil, demuestra que la salvación es para todos.





AntorchaProfetica.site

LA VERDAD PRESENTE

ESTUDIOS BÍBLICOS



¡NUEVO LIBRO!

*Los Estudios Bíblicos de los
Pioneros...*

Ahora en Español

Solicítalo **GRATUITAMENTE**
al +34.650.86.38.11

